

sociedad conduciría realmente, en esas condiciones, a la aparición de una nueva clase explotadora proveniente de la burocracia bonapartista y fascista. Sería, según todas las apariencias, un régimen de declinación que significaría el ocaso de la civilización.

Un resultado análogo podría también sobrevenir en caso de que el proletariado de los países capitalistas avanzados, después de haber conquistado el poder, resultase incapaz de conservarlo y lo cediera —como en la U.R.S.S.— a una burocracia privilegiada. Nos veríamos entonces obligados a reconocer que la causa de la reincidencia burocrática radica, no en el estado atrasado del país ni en el cerco imperialista, sino en una incapacidad orgánica del proletariado para devenir clase dirigente. Sería entonces preciso establecer retrospectivamente que por ese rasgo fundamental la U.R.S.S. actual era una precursora del nuevo régimen de explotación a escala mundial.

Hémos aquí muy lejos de las querellas terminológicas sobre el título del Estado soviético. Que nuestros críticos no protesten: es sólo colocándose a la distancia histórica necesaria que es posible forjar un juicio correcto sobre una cuestión de tal magnitud como la sustitución de un régimen social por otro. Meditada hasta su extremo, la alternativa histórica es la siguiente: o el régimen stalinista es una repugnante reincidencia en el proceso de transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista, o el régimen stalinista es la primera etapa de una nueva sociedad de explotación. Si el segundo pronóstico se revela exacto, la burocracia se convertirá, naturalmente, en una nueva clase explotadora. Por dura que sea esta segunda perspectiva, si el proletariado mundial resultara realmente incapaz de desempeñar la misión que han hecho recaer sobre él los acontecimientos, no tendríamos más que reconocer que el programa socialista, edificado sobre las contradicciones internas de la sociedad capita-